

canzáis a saber cómo es, qué hará en las maravillas de Dios? ¿Cómo las queréis entender por razón? Come y calla; cree que Dios lo puede hacer, y di que tú no sabes cómo puede ser o cómo no; que no sabes más de que la palabra de Dios no puede faltar, sino que es verdadera, y que, porque Él ha dicho que está allí, es así verdad.

¿En qué estábamos? Cómo el Alto descendió a hacerse hombre. Pero no habéis de entender que descendió de lugar, así como no entendemos que para venir al Santísimo Sacramento pasa por lugar; porque si eso fuera, no estuviera Dios en todo lugar, lo cual es falso. Piensa, pues, cómo descendió Dios de su alteza, no de lugar, que en todo cabo está. Piensa cómo el Alto, el soberano, el inmenso se abajó; que ha abajado su inmensa grandeza; de eterno se ha hecho temporal, de impassible se ha hecho pasible; que siente el frío, el cansancio, la sed y el hambre. Piensa cómo Dios se abajó, no según lugar, sino en hacerse hombre; como un rey que se casa con una mujer baja, no deja de ser rey, mas abaja su alteza. Pues como el que solamente era Dios, ha venido a hacerse también hombre, así también en el altar ha bajado su majestad y grandeza en hacerse manjar para que lo comamos, no dejando de ser quien es.

Piensa cómo el Alto se abajó, de ser una cosa sola, que es Dios, a ser hombre y Dios en un solo supuesto (3). Y como allá, antes de nacido, estaba en el vientre de la Virgen María, así acá ahora está debajo de los accidentes, y encubierto debajo de ellos. *Fœmina circumdabit virum*, dijo Jeremías (31, 22). «Una mujer cercará a un varón.» Como estaba Dios y hombre dentro del vientre de la Virgen, así es acá en el Sacramento. Así como estuvo antes escondido en las entrañas de la Virgen, así lo está ahora debajo de los accidentes del pan.

Toma, pues, esta contemplación, y ve comparando la Encarnación con el Sacramento, y di: Señor, allá os bajasteis a vientre en el cual estuvisteis escondido; acá, Señor, os bajáis a estar debajo de esos accidentes. ¿Dónde estáis que no os vemos, aunque creemos que estáis ahí?

¿No decís acá, viniendo de Misa: «De dónde ve-

(3) Supuesto aquí es lo mismo que *persona*.

nís)? Decís: «De ver el Cuerpo de Cristo.» Y no lo visteis; que aquella blancura y cantidad que visteis no es el Cuerpo de Cristo. A semejanza es esto; el que viera la humanidad de Jesucristo, dijera con verdad que había visto a Dios; y no lo vió, que no vió más del cuerpo de Jesucristo, el cual en lo de fuera no parecía sino un puro hombre. Sino, porque vió la humanidad, la cual anda tan conjunta con la divinidad, por eso se dice con verdad que vió a Dios. Aunque no es acomodada la similitud—ya os lo dije—; porque acá en el Sacramento el Cuerpo de Jesucristo y la blancura y cantidad no hacen una Persona, allá la hacen la divinidad y humanidad; pero es un rostro por donde se puede contemplar la Encarnación, y aun hay harta semejanza, como hemos visto. Es, pues, una imagen el Sacramento de la Encarnación; es un retablo donde está dibujada esta grandeza y maravilla de Dios, que es hacerse hombre.

Si eres devoto de ver a Jesucristo Niño recién nacido, humillado, pobre, muerto de sed y de hambre, temblando, puesto en unas pajitas en un pobre pesebre por falta de ricos colchones y camas de campo, envuelto en pobres pañales, temblando, aquí en el Sacramento lo verás así. ¡Oh bendita sea tu misericordia, Señor, que estás en los cielos adorado de ángeles, y tienes por bien de estar acá en la tierra tan humillado y tan callado!

Así como los pobres pañales encubrían la limpiísima y bendita carnicita de Jesucristo Niño recién nacido; así está ahora cubierta de los accidentes, cantidad y blancura; debajo de ellas está encubierta su grandeza y omnipotencia. Más bajo es el accidente que la substancia, y los accidentes son los que aquí encubren el cuerpo de Jesucristo. Digo que es más bajo el accidente que la substancia, porque la substancia tiene *ser por sí*, y bien puede estar sin el accidente, mas los accidentes no, sino su ser depende de la substancia; y no puede ser que naturalmente haya accidente, si no hay substancia en quien esté *subyectado* (4). Por eso, pues, es el accidente más bajo; y así, estando el Cuerpo de Jesucristo encubierto debajo de accidentes, está cubierto de bajeza, está humillado y pobrecito, más que debajo de los pañales. ¡Que aun no se le ha olvidado la humildad allá donde está

(4) *Subyectado*: sustentado como un sujeto.

en el tronco de su gloria sentado a la diestra de su Padre!

Si lo quisieras ver entre los pobres pastores, cómo le vienen a adorar, miralo en manos del pobrecito como yo; y mira también a los que lo reciben cómo son también pobrecillos, bajitos y pastorcillos: *Manducat Dominum pauper, servus et humilis*, dice Santo Tomás.

¿Quisieras ver los ángeles cómo cantaban cantares de alegría la noche que lo vieron nacido? Pues acá también hay ángeles. Es cosa ésta para contemplar, que están allí los ángeles dándole gracias por tan grandísimo bien, como fué quedarse con nosotros en el Santísimo Sacramento, porque no podemos darlas nosotros las que a su Majestad se deben por tan grandísima misericordia. También las dió Jesucristo por todos nosotros, viendo lo poco que todos éramos para darlas, porque no cayéramos en falta. ¿Ya no os lo dije, que dió Jesucristo gracias al Padre por tan gran bien, viendo que no habíamos de ser para darlas? Allí, pues, están los ángeles alabando a Dios, espantados de ver su grandeza y majestad tan abajada, hecho manjar de los pobres gusanillos.

—¡Oh Padre, que no veo yo nada de eso! ¡Ni veo si hay ángeles, ni si no; no veo nada!

—No te espantes, hermano, por más encubierto que lo veas; no pienses que es peor eso. Y más haces en creer a las palabras de Dios sencillamente; que crees que está allí Jesucristo, porque lo dijo Él, mas cierto que si con los ojos lo vieses; y mucho más, porque en esto se pueden engañar tus ojos, pensando que ven, no viendo nada, y en la palabra de Jesucristo no. Guárdate de querer ver—como algunos desean—alguna carne o sangre en la Hostia. Luego andan muy bulliciosos: «¿No vería yo allí un niño, o a Jesucristo crucificado? ¿No vería yo alguna señal o mudanza en la Hostia?»

Más mereces, si, no viendo, crees fidelísimamente, que si viendo creyeses; porque si, no viendo nada, crees, es señal que fías mucho de Jesucristo, y que tienes por más cierta una cosa que Él dice, que si con tus propios ojos la vieses; y no has menester testigo ni señal que aquello es así. Como cuando un amigo cuenta a su amigo una cosa, el cual si luego se cree de él, agradéceselo mucho, y es señal que lo quiere bien, y que lo tiene por hombre de crédito. Si le dice

que «¿quién estaba delante?», es señal que no se cree de su palabra, sino que quiere más seguridad que la palabra de su amigo para creer lo que dice. Es, pues, muy malo no creer a las palabras de Jesucristo sin prenda, como lo hacen los que decíamos, que quieren alguna señal en el Santísimo Sacramento.

—Así, que hay allí ángeles.

—Mira lo que dicen los teólogos, y muy bien por cierto; que aunque viniese un cuerpo glorificado de los que más gloria tienen, no cualquiera, sino aunque fuese la Santísima Virgen María, no vería más en el Sacramento con los ojos del cuerpo, que uno de nosotros, si no quisiese Dios mostrárselo particularmente. Mirad qué tan encerrado está allí Jesucristo. Procurad de ser fiel en creer que no faltará la palabra de Jesucristo, porque más vale creer que ver (*Jn.*, 20, 29).

4.—*La Eucaristía y los milagros de la vida pública.*

Si quisieras ver a Jesucristo predicando, si lo quisieras ver acá entre los hombres haciéndoles tantos bienes; curando enfermos, dando vista a los ciegos, curar los leprosos, sanar los sordos, perdonando la mujer pecadora, resucitando muertos, aquí lo hallarás haciendo otro tanto. Si nos diese Dios devoción, todo lo *entenderíamos* en este Sacramento, y no querríamos *ver nada*. El que no tiene devoción, no os dará por él un maravedí. Dios me libre del cristiano que no es devoto—y ¡ay de aquellos que no lo son!—. Y la causa es, porque no viene aquí a comunicarse con Jesucristo; y los que no se comunican, luego se olvidan; y del olvido viene a haber tan pocos devotos del Sacramento, que no hace en ellos más impresión ver a Jesucristo entre nosotros, como si no quedara. Como se comunican pocas veces, olvídanse de Él, y váseles poco a poco entibiando la fe; y si viniese un hereje con una razón falsa, les haría creer que no estaba allí Jesucristo, y perder la fe que en Él tienen. De olvidar la comunión y comunicación de Jesucristo, se viene a entibiar tanto la fe, que a no nada que os apremiasen, os harían perder la fe.

¿Hay aquí algunos a quien Dios ha resucitado de muerte a vida, a quien ha perdonado sus pecados, a quien ha sanado de ciego, de cojo, de mudo? ¡Si

viéramos (5) hacer a este Santísimo Sacramento en las ánimas lo que antes hacía en los cuerpos cuando vivía en este mundo! Si entonces resucitaba hombres muertos, ahora también; si [sanaba] cojos, ahora también; si dió lengua a los mudos, ahora ni más ni menos; si dió vista a los ciegos, ahora ni más ni menos. Porque si has hecho un pecado mortal, muerta queda tu ánima; si te confiesas y comulgas, perdónante. ¿Ves cómo te han resucitado, quedando ya tu ánima con vida? Has pasado de la muerte del pecado a la vida de la gracia.

Si andas embebecido tras la vanidad de este mundo, y andas sumido en mil miserias, y Dios, trayéndote un buen pensamiento y otra inspiración: «¿Qué haces, triste? ¿por qué confías en cosa que se acabará mañana? Todo se ha de quedar aquí; procura de buscar morada de gloria; deja eso»; y tú con todo eso no oyes, ni dejas de andar como antes andabas; ciego estás; comulga, y serte ha restituída la vista.

Si andas atónito por un deleite, y no ves lo que acarrea después de cumplido, ciego estás; ¡triste de ti! Comulga, y serte han restituídos los ojos.

Si estás tibio, que no tienes gana de rezar ni de recogerte un rato, y para hacer una buena obra te pesa cada pie un quintal, cojo estás; recibe a Jesucristo, y serte han dados pies ligeros y firmes, y dirás con David (Ps., 39, 3): *Statuit supra petram pedes meos*: «Dado me ha el Señor pies ligeros y firmísimos sobre la piedra, sanos y libres.»

5.—Estáis tibios porque no comulgáis.

La Carne de Jesucristo—dice San Juan Damasceno—*est sicut carbo ignis*: «es como un carbón encendido», la cual hace arder a los tibios en fe y caridad; y como ella es ardiente como fuego, así para a los que la comen. Para cuantos males hay es remedio; nadie la recibió bien que no fuese sano de cualquier enfermedad que tuviese. Tomadla y comedla, que es carbón encendido que os quemará y convertirá en Sí, o por lo menos os calentará y alanzará de vos esa frialdad. *Numquid potest homo abscondere ignem in sinu suo, et vestimenta ejus non comburentur?*

(5) Viéramos; la edición de 1596, *veríamos*.

(*Prov.*, 6, 27). «¿Quién habrá que meta en su seno fuego, y sus vestiduras no se le quemem?» Si estáis tibios, comed; que no es posible que no recibáis calor, metiendo en vuestros pechos el mismo fuego, que es la Carne de Jesucristo; o ya que no os queme, calentaros ha.

¿Sabéis vosotros, por dicha, qué cosa es devoción? No por cierto. Pensaba yo que no entienden los cristianos de nuestro tiempo qué cosa es ser devotos, amorosos, blandos. Por eso nos untan con el óleo en el bautismo, en señal que recibimos el Espíritu Santo, que es la misma blandura, la misma devoción, el mismo amor: y así había de ser el corazón del cristiano, tierno, amoroso, blando, benigno. Pero sois tales de dentro, cuales parecéis de fuera; tenéis los corazones ásperos, fieros como las fieras. Y las espaldas que traéis ¿para qué son? ¡Sois unos cobardes!, tenéis vergüenza de ir a comulgar, porque no os digan que sois hipócritas y alumbrados (6). No os llegáis a comer, por eso no tenéis devoción. No os engañéis; sabed que el comulgar no es sino para verdaderos penitentes, humildes, mansos, benignos, amorosos y limpios de ánima y cuerpo, y para los que no han vergüenza de comulgar, mas antes se tienen por dichosos, porque tal suerte les cupo, de recibir a Jesucristo y comerle, y lo desean de corazón.

No tenéis devoción, no lo deseáis. Engaña el mundo a unos con honras, a otros con deleites, a otros con sedas y vestidos. Hacéis de lo chico grande, y de lo grande chico; habéis hecho del establo cielo, de lo temporal eterno. No veis nada; andáis ciegos, y lo peor es que no lo conocéis, sino que pensáis que veis, no viendo nada; que vais por buen camino, y vais errados. ¡Despertad los ojos de sueño tan profundo! Por reverencia de Dios, poned *lodo* sobre vuestra ceguedad (*Jn.*, 9, 6); conoced quién sois (que eso quiere decir). Descubrid vuestras llagas a Cristo, y llegaos a Él conociéndolas. Pensad que todo el bien os ha de venir de este divino Sacramento, y no de vosotros; pensad que de allí os ha de venir la vista para vuestra ceguedad, la alegría para vuestras tris-

(6) *Alumbrados*: secta que brotó en España a los principios del siglo XVI y que fué exterminada por la Inquisición. Hizo mucho daño a la verdadera piedad. (Véase M. Pelayo: *Heterodoxos españoles*)

tezas, la misericordia para vuestras miserias. Y desconfiad entretanto de vuestras fuerzas, y confiad en Jesucristo; porque el que pensare que de otra parte le viene el bien sino del Sacramento, loco es y soberbio. Dice San Bernardo: «Comulgad, que con Cristo vienen todos los bienes.»

6.—*Viene a vosotros ¿y no le recibís?*

Si decís: «¡Oh quién viera a Cristo ser convidado!» llegaos aquí, hermano, que más es verlo a Él convidar; y que Él mismo es el manjar con que convida, ¡y no hay quien quiera venir, no hay quien lo recibiera, ni hay quien le de posada, andando rogando Él que le acojan!

¿Sabéis qué ha de decir el día del juicio el manso [Cordero] que allí veis, que está ahora callando? *Hambre hube, y no tuve quien me diese a comer*; en la tierra estuve, y posada no me disteis, andándoos yo rogando que me acogiédeses. *¡Id, malditos, al fuego eterno! (Mt., 25, 41-43).*

Señor, ¿de qué os quejáis que no os dan posada? ¿No tenéis grandes custodias de oro y plata y piedras preciosas? ¿No estáis cubierto con ricos paños de brocado?

Bueno es que haya todo eso, y que sirvan a Dios todas sus criaturas; pero no lo ha Él por nada de eso (7). La posada que Él quiere es el ánima de cada uno; ahí quiere Él ser aposentado, y que la posada esté muy aderezada, muy limpia, muy quitada de lo de acá. No hay relicario, no hay custodia, por más fina que sea y de piedras preciosas, que se iguale a esta posada para Jesucristo. Con amor viene a aposentarse en tu ánima, con amor quiere ser recibido. Pero tráete amor, y dasle malquerencia; [tráete] (8) humildad, y vuélvesle soberbia; tráete castidad y limpieza, y tú estáte con tus deleites sucios; tráete mansedumbre, y tú eres un airado; tráete misericordia y caridad, y a ti no hay quien te haga dar una blanca en limosna, ni haber misericordia de tu prójimo que padece de hambre, por falta de lo que a ti te sobra

(7) *No lo ha El por nada de eso*: no busca nada de eso.

(8) *Tráete*: la edición de 1596, *date*.

en tus rincones, y se pierde en tus trojes. ¿Qué le trajo del cielo? Amor. ¿Qué le trajo al vientre de la Virgen? Amor. Con amor viene, recíbele con amor; para hacerte bien viene, sabe ahora agradecersele con darle buena posada.

Pero ;no se hace nada! Habíamos de estar con los ojos tan largos para recibirle, con lámparas encendidas con mucho aceite, como las buenas doncellas: *Ecce sponsus venit, exite obviam ei* (Mt., 25, 6).

Cuando el Rey viene a alguna ciudad, no oiréis otra cosa sino: «El Rey viene.» Si vais por esta calle: «El Rey viene»; por esotra: «El Rey viene». Y viene Jesucristo cinco mil veces cada día, desde el cielo a la tierra, tantas veces cuantas Misas se dicen en todo el mundo (9), ¡y estás tan tibio que, si viene a mano, por no dejar de dormir, u otra cosa que no pesa una paja, no vienes a verlo a la iglesia!

Recibamos con amor al que viene con tanto fuego de amor. Apareja, hermano, tu lámpara, y recíbelo con amor; que aunque otro pensamiento no tuvieses sino pensar que cada día viene Jesucristo a la tierra, bastaba para hacerte bueno. Di: «Mi Redentor viene para hacerme bien, a remediar mis necesidades y a consolar mis tristezas, a perdonar mis pecados. a justificarme, a salvarme.»

Decid: ¿qué cosa sería si viniese un hombre de las Indias a veros y haceros bien, y que solamente le moviese el amor que os tiene, sin deberos nada, y vos no lo recibísedes ni quisiésedes verlo ni oírlo? Grande desagradecimiento y mala crianza sería ésta, por cierto. Pues Jesucristo nuestro Señor viene desde el cielo a la tierra, que es más que de las Indias, sin debértelo, sino por sólo el amor que te tiene, y no a cosa que a Él le cumpla, sino a ti. Sábeselo agradecer, que con sólo esto se contentará Él. Di: «Mi Señor viene a posar en mi ánima; quiero aparejarle la posada; no quiero que halle en mí pecado ninguno; quiero tener mis pensamientos limpios; no haya cosa en mí que le desagrade para que deje de aposentarse en mi ánima.»

¡Oh manjar tan mal conocido! ¿No hay ninguno que quiera aparejarse para comerlo ni gustarlo? ¿Qué

(9) No pretende el Maestro Avila calcular las misas que diariamente se celebraban en su tiempo. Hoy se calculan cerca de trescientas mil cada día,

mala ventura es ésta, que esté entre nosotros la hantura, y muramos de hambre? Creo que pasa hoy día lo que en el advenimiento de Cristo, que a unos ap o vechó su venida y presencia, a otros dañaba. ¿No lo dijo así Cristo nuestro Redentor? (*Jn.*, 9, 39): *Ad hoc ego veni in hunc mundum, ut qui non vident, videant, et qui vident, caeci fiant*: «Para esto vine al mundo, para que los que están ciegos y no ven, vean; y para que los que ven, no vean y se tornen locos y ciegos.» Y así fué; que a unos parecía bién su doctrina, y le recibían y creían por Dios; y otros se morían de envidia, y le blasfemaban. Así pasa ahora a la letra: unos hay que se mueren por comulgar, y desean ver venida la hora en que han de recibir en sí mismos a Cristo. Yo conocí una persona que me decía que deseaba ver el día en que había de comulgar como la salud. Otros hay que los hacen ir por fuerza, y los constriñen a poder de penas y excomuniones. Como hace el rey, que cuando no quiere alguno venir a su mandado de su voluntad, le hace venir por fuerza como mal criado; así la santa Iglesia católica romana a los que no quieren ir a comulgar algunas veces entre año, hace que cada año vayan por fuerza, y que no puedan dejar de hacerlo en este tiempo (10). A lo menos no sé qué aparejo podéis tener, ni cómo habéis de examinar una conciencia de doce meses. Y así acaece, que como entre el año no le recibís muchas veces por amor y de vuestra voluntad, cuando vais de año a año por fuerza, tampoco le recibís por amor, ni sentís ni gustáis qué es lo que coméis, ni a qué sabe. ¿Quién os lo preguntase? Decid, hermanos, ¿a qué sabe Dios? ¿Habéislo alguna vez probado? Creo que no habrá quien responda; esto no lo entendéis vosotros.

7.—*Bien se os conoce que no comulgáis.*

¿Por qué no queréis curaros de tantas enfermedades? Estáis malos, y tenéis aquí el remedio de vuestros trabajos, y la medicina de vuestras enfermedades, y no queréis recibirla; ¡aosadas, que se os parece bien en la cara! ¿No decís acá a uno cuando

(10) *Conc. Later.*, IV, c. 21.

está mal dispuesto: «Malo andáis, que en el gesto se se os parece»? Pues así andáis vosotros; bien se os parece en el gesto el mal que hay en vuestras ánimas. Coméis malas hierbas, hacen os mal provecho; los unos os mantenéis de un poco de honrilla precedera; otros de unos poquillos de dineros; otro de un malaventurado deleite; todos traéis el gesto cuales son los mantenimientos que coméis. *Aruiit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum*, dice David (Ps., 101). Secádose ha mi corazón, porque me he olvidado de comer mi pan, el cual es el Santísimo Sacramento, que da vida a nuestras ánimas. Porque esotro pan las bestias lo comen, y (11) solamente sustenta los cuerpos, que son como bestias; estotro Pan es el que os ha de sustentar.

¿Por qué tantos males en el mundo? Porque no queréis comulgar. ¿Por qué tanto pecado? ¿Tan poca caridad unos con otros? ¿Por qué tan pocos que hagan bien? Porque no queréis comulgar. Así como el cuerpo se seca y no se puede sustentar sin el pan de acá, así el ánima no se puede sustentar, ni puede holgar ni reposar sin este *Pan de vida*, sino que está flaca y seca: en tocándole, luego resurte; si le hacen una injuria, luego no quiere perdonar; si le tocan en la honra, luego se quiere vengar; si se le pierde la hacienda, no hay quien se valga con ella. ¿Pues aun no os cortan, y ya os sentís? Cómo, ¿que no ha de haber un día más paciencia que otro? ¿Cada día habéis de ser ruin? Comulgad; no se os pase este tiempo en balde, sin que queden fuertes, alegres y bienaventuradas vuestras ánimas con este santo manjar. Allegaos al altar a tomar remedio, pues tenéis allí a Jesucristo como lo quisieredes contemplar. lloroso, triste, azotado, orando en el huerto, crucificado, sepultado. Todos cuantos bienes pudiéredes desear los hallaréis allí; llegaos, si sois devotos de lo que padeció Jesucristo por vosotros.

De manera, que es el Sacramento un retablo de toda la vida pasada de Jesucristo, y de sus maravillas y grandezas.

(11) Y; la edición de 1595, y *este pan*.

8.—*La Comunión, figura y prenda de la gloria.*

También es el Santísimo Sacramento retablo de las cosas que están por venir. Dibujadas, allegadas, pintadas, recogidas están allí todas las grandezas de Dios que esperamos. que aun no son venidas. Figura es el Santísimo Sacramento de la gloria que esperamos. Manjar es éste, que entre manos tenemos, que significa el que hemos de comer en la gloria; así lo canta la Iglesia en la última oración de la Misa de este Sacramento: *Fac nos, quaesumus Domine, divinitatis tuae sempiterna fruitione repleri, quam pretiosi Corporis et Sanguinis tui temporalis perceptio praefigurat*: «Concédenos, Señor, que seamos hartos y rellenos del sempiterno gozo de tu divinidad, el cual gozo nos presenta la recepción temporal de tu preciosísimo Cuerpo y Sangre.» Así, que recibir el Cuerpo de Jesucristo e incorporarnos acá en Él mediante la comunión. es figura de la unión que ha de haber entre nosotros y Él en los cielos.

¿Qué piensas que es comulgar? Una representación, una semejanza del traslado que habrá en los cielos. Acá nos ensayamos, para que cuando allá fuéremos. comamos de hecho. Decid: El que ha de ir a la mesa del rey, ¿primero no pregunta qué uso, qué crianza, qué costumbres se usan en la mesa del rey? ¿Qué cortesía tengo de hacer cuando entre? ¿tengo de estar quitada la gorra? ¿no tengo de escupir mientras comiere? ¿tengo de sonarme las narices? ¿cómo hemos de estar? Primero se informa de lo que ha de hacer. Así, pues, para cuando norabuena vayamos. Señor, delante de Ti a darte las gracias de las misericordias que nos has hecho, de los trabajos que nos has librado, teniendo por bien de escogernos para Ti, para cuando te vayamos a ver y a gozarnos contigo, nos ensayemos ahora recibiyéndonos hecho manjar de vida para nuestras ánimas.

Es menester. pues, ensayarnos aquí, para cuando vayamos a la mesa del cielo a comer.

¿Qué? ¿leche y miel?

¡Donosa necesidad! Eso los moros lo dicen, que en el cielo han de comer leche y miel, y que han de tener muchas mujeres; que los sabios y entendidos no

dicen tal. Avicena (12) hizo burla de las necesidades de Mahoma; y dice que otra cosa más linda y más suave que miel y leche tiene Dios guardada para los buenos moros, que nada de aquellas burlerías no. En el nono libro de la *Metafísica*, en el capítulo VII, dice que no ha de haber allá mujeres, ni casamientos, ni comidas, ni bebidas, ni nada de esos deleites sucios, ni cosa del cuerpo (13); porque éste no tiene de comer allá, sino que de la gloria del ánima se ha de mantener. Es tanta la fuerza de un ánima viendo a Dios que dice San Agustín que de la gloria del ánima pasa al cuerpo, y queda harto y contento. Es tanta la hartura espiritual que un ánima tiene gozando de Dios, que de lo mucho que le sobra, pasa al cuerpo, y hace que no haya hambre ni sed, ni haya menester dormir, ni asentarse, ni descansar, y sin ninguna cosa de éstas vivirá para siempre. Mira cuán grande es la dulzura, la hartura, el descanso, el gozo que un ánima tiene, pues el cuerpo puede pasar sin sentir las necesidades, de lo que se le pega del ánima.

Y porque no parezca palabra vana y récia para los necios, infieles y herejes, decir que los cristianos comen a su Dios, digo que no hay palabra más dulce ni más suave en el mundo, ni que mayor esfuerzo ponga en el corazón de los que la oyen y la creen. Yo pondré la cabeza y la vida, y mil vidas que tuviera, delante de cuantos infieles hay en el mundo, sobre que esto es así verdad como digo. Porque decidme: ¿puede ser acá uno bienaventurado sin ver a Dios? Eso todos lo confiesan, que la bienaventuranza del hombre está en ver a su Dios. Moros, judíos, idólatras, cuantas naciones hay en el mundo, confiesan eso. Ellos verdad es que se engañan en poner los dioses que ponen; porque unos adoran un palo, otros una estatua de piedra, otros el sol pero cualesquier que ellos sean, todos conciertan en esto que en gozar de su Dios está la bienaventuranza del hombre. Luego la salud, la bienaventuranza, la vida del ánima es ver a Dios. Pues si para que sustente el ánima, para que tenga vida, para que nada le falte y

(12) Avicena, uno de los más insignes filósofos de la España musulmana (980-1037)

(13) Mejor lo dijo Cristo refutando el grosero materialismo de los saduceos, precursores en esto de los mahometanos. (*Mt.*, 22, 29-30).

sea bienaventurada es menester ver a Dios, dígoles yo Dios al manjar que me sustenta y da vida inmortal, y me hace bienaventurado: luego no es palabra vana decir que el hombre *come a su Dios*.

¿En qué estábamos? En que os ensayáis cuando comulgáis para la mesa del cielo. Mirad en ello cuando comulgáredes, y pensad lo que hay allí en el Santísimo Sacramento, que es Jesucristo, que se os da por señal, que así como, recibéndolo en vuestro cuerpo, os convierte en Sí y os hace una cosa con Él, así también os ha de hacer (14) en los cielos alegres, dichosos, bienaventurados, que nada os falte de cuanto desear pudiéredes estando unido a Él y gozando de Él para siempre sin fin. Y la prenda de que algún día habéis de veros como decimos, es dárseos Él a sí mismo, y el haber muerto y padecido por vos; lo cual también os trae a la memoria este Santísimo Sacramento. Y así habéis de tener a Jesucristo delante de vuestros ojos, lloroso, corriendo sangre, afrentado, cansado y muerto, cuando allí os llegáredes a recibirlo.

9.—*Señal de buena comunión, no el gusto, sino el vencimiento propio.*

Es gran cosa ésta cuando Dios la quiere dar a entender, pero pocos la gustan; empero todavía lo sienten algunos a quien el Señor quiere. Otros no sienten nada, sino parece que comen un pedazo de pan, según no toman gusto en el Sacramento.

De los que comulgan de año a año, de éstos no decimos; que éstos claro está que no sienten nada. Yo no sé cómo podéis aparejaros con pensar vuestros pecados en una o dos horas para lo que habéis hecho en doce meses; creo que os vais como os estábades, y que no barréis bien aun un rincón de vuestras conciencias. ¿Pues cómo? No os contentáis con que barra vuestro esclavo la casa así como quiera, yendo tan poco en ello, ni la mujercita deja ni aun un rincón por barrer en toda la casa, ¿y en lo que va la vida a vuestras ánimas para siempre ponéis tan poco cuidado, como es mirar y remirar con siete ojos lo que habéis hecho para confesarlo, y procurar luego,

(14) La edición de 1596: *os habéis de hacer*.

en sintiéndoos caídos, poner remedio en el mal sin dejar añejarlo? No hagáis carga de un año, que es gran peligro.

Pues de los que mal aparejados están, de éstos no digo, que no sienten nada, sino de los que más de veras se aparejan y a menudo comulgan; de éstos hablamos, que quiere Dios algunas veces que se traguen el bocado entero y sin digerirlo, sin alegría de ello, ni lo gusten, ni lo sientan más que si no lo hubieran recibido, sino que tengan solamente una fe, que es Dios aquello que reciben; consuelo no, ni por pensamiento. No penséis que es malo, no desmayéis ni dejéis de comulgar; que visto habéis enfermos que a cada bocado que comen les cuesta lágrimas de pasarlo; mas decidme, ¿es bien que no lo coman porque pasan trabajo?

—No; porque por eso no deja de hacerles provecho porque pasan trabajo.

—Pues así no dejéis de comulgar porque no sentís gusto en ello; sino comed y creed. No penséis que está en eso el comulgar bien. Digo a los que os aparejáis y vivís con aviso: ¿Queréis buscar a Dios por gusto y sabores? Engañados andáis; no es cosa segura ni cierta, sino muy peligrosa. No penséis que, porque no veis a Dios como querriades, no le gustáis como deseáis, que por vuestro provecho es. Yo conozco muchos que les ha hecho mal el haberseles comunicado Dios muy estrechamente, porque no se han sabido regir, engriéndose de los regalos y consuelos que Dios les daba.

Trátaos Dios como el padre que quiere mucho a su hijo, que por una parte le da azotes, y por otra le abraza y le hace mil regalos. No siempre le abraza; ni siempre le azota, porque no se avece a temerlo como esclavo, que es muy malo; ni siempre le muestra amor, porque perdiéndole la vergüenza, no se haga bellaco. (No castigéis siempre a vuestros hijos, ni siempre los halaguéis.) Pues así hace Dios con vosotros; unas veces os consuela otras veces os castiga con no dejaros gustar nada. Porque si te enseñase Dios el abrazo que te da en el altar cuando te llegas a comulgar, más trabajo tendrías en buscar ciencia y humildad para disimular tantos favores, para no ensoberbecerte de que Dios te trata tan amorosamente; y así no te entraría en gozo el sabor y dulzura que sentirías. Y también sentirían otros tu soberbia y locura.

Por eso te está mejor comer el manjar sin gusto; así te ama Dios, y juntamente te corrige.

Muchos hemos visto que de comer mucha miel les ha hecho mal; y no es cosa mala la miel, antes tan dulce y suave como veis; así hay quien tiene muchos consuelos y gustos; y aunque, como veis, son buenos a unos, a otros son malos y peligrosos, porque no se saben aprovechar de la visitación de Dios. En lugar de humillarse y tenerse en menos, cuanto más ven que Dios se abaja a comunicarse con una cosa tan vil [y decir]: «¡oh Señor, que a cosa tan miserable y apocada te abajas!», cobran fantasía y una soberbia solapada, encubierta; y cuando pensaban que estaban más cerca y más favorecidos, estaban ya caídos en suma miseria.

Mejor señal es para ver si has comulgado bien, si vences muy bien tus pasiones y las traes debajo de tus pies después que comulgaste, que no ver si tienes gustos. Más segura y cosa cierta es ver si vences tu malquerencia, si no haces lo que te pide tu carne, y traes debajo de los pies a tu envidia, y sujeta muy bien tu soberbia, que no si cuando comulgaste sentiste mucha alegría.

Mas ¿nunca habéis visto unas mujeres que verlas comulgar es para alabar a Dios de ver las lágrimas que derraman, la devoción con que se llegan a recibir a Jesucristo, y en yendo a sus casas luego se enojan por una palabrita, y no sufren un sinsaborcito que no pese una paja, menos que antes que comulgasen? Es muy mala señal que te sepa muy bien el manjar cuando le comes, y no te sepas aprovechar de él después, sino que te haga mala digestión; y bueno al gustar, y al digerir malo. Haz hincapié en vencerte, que eso es lo seguro y lo que hace al caso. Haz misericordia, como se hace contigo. ¿Haos vestido y cubierto con su gracia? Viste tú y cubre los desnudos. ¿Perdónante? Perdona tú también a los que te han injuriado. Esto es recibir a Jesucristo; esto es comulgar; porque Jesucristo es humildad, castidad, paciencia, mansedumbre, caridad; y aquel lo recibe y lo come, que se le imprime en el corazón, y se hace una cosa con Él, pareciéndole, y en todo siendo como Él humilde, tú también humilde; Jesucristo casto, tú casto y limpio; Jesucristo manso, tú manso; la misma caridad, y tú también caritativo.

Esto, pues, es en lo que has de hacer hincapié; y

los gustos y consuelos, cuando vinieren y Dios los enviare, recíbanse con humildad y hacimiento de gracias.

10.—*Conclusión.*

¿En qué estábamos? En que este Sacramento es figura de lo por venir que hay en el cielo. Cuando vas a comulgar, llega con mucha reverencia alabándolo, y temblando de amor di: «Mi Dios de tanta majestad está allí, y yo, gusanillo miserable, llego a recibirlo.» Que así hacen en los cielos: *Quem laudant angeli, tremunt potestates*; tiemblan de Él, sólo en estar en su presencia; ¿qué te parece que debes hacer tú, gusanillo miserable, que no sólo estás en su presencia, sino que lo recibes, lo que no hacen los ángeles? Ten, pues, reverencia del Santísimo Sacramento. Espántome cómo no temblamos cuando nos llegamos al altar; no digo de temor como esclavos, sino de amor y reverencia como hijos.

Hagámoslo así, y darnos ha su gracia, y enriquecernos ha con sus dones.

TRATADO 16

LA COMUNIÓN, PRENDA DE VIDA ETERNA.

*Si quis manducaverit ex
hoc pane vivet in aeternum.*

Si alguno comiere este pan
vivirá para siempre.

(Jn., 6, 52.)

1.—Cristo, vencedor de nuestra muerte.

Más fuerte es el don que por Jesucristo nos vino, que el mal que por la comida de Adán. *Si por el delito de uno—que fué Adán—la muerte reinó, muchos más son los que reciben la abundancia de la gracia y del don y de la justicia, y reinarán en la vida por Jesucristo.* Esto dice San Pablo (Rom., 5, 17). De lo cual se saca, que si aquel manjar vedado fué causa que Adán ofendiese a Dios, y la ofensa de Dios fué causa de muerte de cuerpo y ánima, mucha más fuerza tendrá este divino manjar para juntar el ánima con Dios, y dar vida de cuerpo y de ánima.

No se gloríe la muerte porque por el pecado de Adán reinó en todos los hombres; mas oiga lo que este Señor que allí está (vida de todas las vidas, omnipotente, delante de cuyo acatamiento es la muerte deshecha); le dice: *¡Muerte, yo seré tu muerte!* (Os. 13, 14.) Porque muriendo el mismo Señor, mató nuestra muerte.

Y porque estábamos en muerte de ánima y cuerpo, estuvo Él muerto y sepultado, y de esta manera nos ganó la vida de gracia para el ánima, y vida inmortal y gloriosa para el cuerpo, sin que tenga fin una ni otra. Porque ¿qué quiere decir: *Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre, sino «Por virtud de este pan la muerte será muerta para siempre»?*

Esto creemos ahora; esto veremos después cuando, como dice San Pablo (1 Cor., 15, 26), *el enemigo pos-*

trero, que es la muerte, será destruído; y se cumplirá la palabra de Dios que tiene dicha contra la muerte: Que será absorbida con la victoria de la vida. Y los que de aquella bienaventurada vida de cuerpo y ánima gozaren, harán burla de la muerte, que ahora parece que es señora de todos, y diránla: Muerte, ¿dónde está tu victoria? Muerte, ¿qué es de tu aguijón? El aguijón de la muerte el pecado es; porque en él tiene ella su fuerza para matar, pues por el pecado entró en el mundo; y la fuerza del pecado es la Ley; porque vedando y no dando fuerzas para vencerlo, toman los hombres ocasión de pecar más.

Gracias a Dios—dice San Pablo—, que nos dió victoria por Jesucristo nuestro Señor. Ganónonos con su muerte gracia y virtud para cumplir la Ley de Dios, vencer el pecado; y éste vencido, es vencida la muerte, pues que la fuerza de ella estaba en él. No hay que temer muerte, no, si el hombre ha vencido al pecado; y como entonces [el pecado] estará del todo muerto en el cielo, estará del todo muerta la muerte. ¡Tiempo bienaventurado y reino dichoso! ¡Con cuánta razón diremos bienaventurado al que ha de comer pan en el reino de Dios! (Lc., 14, 15.)

¡Oh Señor! ¡en que cuidados estamos puestos en este destierro, pues nos está puesta ley de morir una vez! (Heb., 9, 27.) Y este yugo, harto grave era, aunque fuera solo; y hácese muy más grave, porque tras la muerte se sigue tu riguroso juicio, donde se pide cuenta del mal que hemos hecho por toda la vida, y de los bienes que dejamos de hacer; y no sabemos, Señor, qué tal será tu sentencia, aunque sabemos que será o de grandísimo mal o de grandísimo bien.

Mas, cristiano, aunque esto sea así, no desmayes; acuérdate de estas palabras: *El que come de este Pan, vivirá para siempre.* Si temes la muerte estando con salud o cuando te quieres (1) morir, que es el tiempo en qué su temor más aprieta, entre todos tus desmayos, mirando tus pecados y el rigor de la justicia de Dios nuestro Señor, y las penas del infierno, y el espanto y obscuridad de la muerte que te cerca y te quiere tragar, entre todos estos espantos acuérdate: «Me he confesado de mis pecados; hecho he lo que mi confesor me mandó; he recibido a Cristo: espero que me ha de salvar.»

(1) *Te quieres morir; estás para morir.*

La muerte vino porque el ánima se apartó de Dios; por lo cual ella murió primero que el cuerpo; y parecióle a la divina Sabiduría dar el remedio por el orden que vino la perdición. Él, por su misericordia, ordenó Sacramentos para que, bien recibidos, cobrásemos la vida del ánima; y nos dió este Pan celestial, tan fuerte y tan lleno de riqueza, que entre todos los impedimentos y contrarios que la vida de nuestra anima tiene, Él, como más poderoso, la hace más fuerte que todos ellos, y la hace andar y *correr por el camino de los mandamientos de Dios* (Ps., 118) por [el discurso de la vida, hasta que la meta en el cielo.

Mas aunque el ánima esté remediada y libre de la muerte por el espíritu de la vida que recibió, el cuerpo se queda todavía sujeto a la muerte y a los trabajos que de ella proceden, para ejercicio de virtud y para socorro contra el pecado; y porque es bien que así como en el cielo hemos de ser conformes a Cristo nuestro Señor en cuerpo y en ánima, también lo seamos estando acá; el cual, aunque su sacratísima ánima desde que fué criada siempre fué viva en vida de gracia, tuvo su sacratísimo Cuerpo sujeto a trabajos y a la misma muerte. Y pues *no es mayor el siervo que el Señor* (Jn., 13, 16) y *es grande gloria seguirle* (Eccli., 23, 38) y parecer a Él, no tenga nadie por mal, que aunque tenga su ánima viva, su cuerpo tenga necesidad de morir. Ofrece a Cristo tu vida de muy buena gana, que te la quite la enfermedad, y acepta el gusto de esa muerte que te parece tan desabrida, en razón de la muerte que el Señor recibió en la cruz con mayores tormentos por ti. Y si te parece cosa espantosa entrar en esa tan oscura casa, acuérdate que has comulgado, y cuán poderoso es el que has recibido; y en su confianza, osa decir (Ps., 22, 4): *Si anduviere en medio de la sombra de la muerte, no temeré los males, porque Tú eres conmigo. ¡Oh dulce palabra! ¡Oh dulcísima obra! ¡Que abra el hombre su boca, y reciba dentro de sí al Señor de las virtudes, al destructor de la muerte, al que en el sepulcro entró muerto y salió vivo, sin que los lazos de la muerte lo pudiesen tener!*

Terrible cosa pareció a Jonás, profeta, ser echado de la nave, y ser tragado de la ballena, y andar en el vientre de ella; mas el Señor de la tierra y mar, de los peces chicos y grandes, no sólo libró a Jonás de la muerte en el vientre de la ballena, más tomólo

por medio para darle la vida (*Jon.*, 2, 11) *y mandó a la ballena que lo sacase a la orilla, como si fuera un navío seguro y lo echase en la tierra vivo y sano. ¿Que temes, hombre? Este Señor que has recibido venció a la muerte para ti y para Él; y pues te has arrimado a Él, Él te sacará a nado de este mar donde quieres entrar.*

Acuérdate que el piadoso samaritano (*Lc.*, 10, 34) tomó al llagado que estaba en el camino, y *le untó sus heridas con aceite, y lo lavó con vino y lo puso encima de su bestia, y lo llevó donde recibiese perfecta salud. Da gracias a este Señor, que viniendo del cielo a caminar por estos caminos de trabajos, te vió herido de heridas mortales, que son los pecados, y por curarte descendió acá, y untó tus pecados y los lavó, cuando por su misericordia te dolieron y gemiste por haberlos cometido, y con amargura de tu ánima confesándolos, cumpliste la penitencia que te fué mandada, y otras cosas que según tu flaqueza habrás podido hacer Y su misericordia no te dejó en este desconsuelo; mas ordenó que su ministro, en nombre de Él, dijese aquellas palabras de la absolución sacramental, más dulces para el gusto del ánima que la misma miel, más sabrosas de oír que la música, por acordada que sea, más blandas y mitigativas del dolor del ánima, que el aceite para el cuerpo: las cuales son: *Yo te absuelvo de todos tus pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. ¿Qué blandura se puede igualar con aquésta? ¡Que en el tribunal de Dios te acusan delante del juez puesto por Él, y tus orejas oigan sentencia definitiva en tu causa, por la cual te den por libre de la muerte que merecían tus pecados para siempre jamás!**

Alabado sea Dios por esta misericordia, y alabado sea por la que hace tras ésta; que habiendo untado al llagado, lo toma y lo pone, no encima de bestia, sino encima de Sí mismo, encima de sus hombros, llevando sus pecados a cuestras, y aun metido en lo más dentro de su Corazón, amándole más fuertemente de dentro que parece en lo de fuera, aunque lo uno y lo otro es incomprensible.

Cristiano, ¿qué temes muerte de cuerpo, pues ya ha muerto Dios tus pecados, y llevádoslos sobre sus hombros? Para ti nació, para ti fué circuncidado, para ti fué bautizado, para ti predicó; cansóse por esos caminos, ayunó, sudó y lloró; recibió azotes, bofetadas,

espinas y clavos; expiró en la cruz con grandes dolores, y deshizo los pecados como un grandísimo fuego se traga una paja. ¿Qué temes pecados tuyos, siendo Dios la paga de ellos? ¿Por qué no esperarás el cielo, habiéndotelo comprado Dios con su Sangre en la cruz? Ten averiguado, que aunque mucho dista el alteza del cielo más alto, del centro de la tierra, que es lo más bajo de ella, mucho más vale tu precio, que es Dios humanado, que el perdón de los pecados por grandes que sean, ni la gloria del cielo, aunque sea más grande; todo es poco en comparación de Dios. Y para que tu flaqueza estuviese enteramente confortada, no te dieron por remedio algún ángel o serafín, mas al Criador de ellos, Jesucristo nuestro Señor y Redentor.

2.—La Comunión, áncora de nuestra esperanza.

Mas ya entiendo por qué agujero se sale la flaqueza de tu corazón.

—Todo eso creo—me dirás—, y con todo eso temo, y mucho temo; porque sé que, con haber pasado nuestro Señor todas esas cosas, están muchos en el infierno, no por el poco valor de su Sangre, mas por falta de bien se aparejar los que han de gozar de su merecimiento. ¿Y qué sé yo si soy uno de éstos?

No penséis, hermano, que tenemos tal Dios, que tenga desconsolados a los suyos; que San Pablo (2 Cor., 1, 3) le llama *Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones*. No se contentó la divina Bondad con remediar nuestras necesidades, sino con que estuviésemos consolados en nuestras tribulaciones; y como ésta sea la mayor, no es de creer que aquí falte la dulcedumbre de su consuelo.

Los infieles que no conocen a Cristo, los malos cristianos que están en pecado mortal sin querer salir de él, teman y tiemblen cuando se les acerque la muerte, pues que se les acerca su condenación, como gente que, o no conoció, o desechó el potentísimo remedio para sus males. que, a costa de la Sangre de Cristo, les era ofrecido. Mas el cristiano que es bautizado y tomado por hijo adoptivo de Dios, si ha mortalmente pecado, va a lavarse, con gemido de lo pasado y propósito de se enmendar, a la piscina de la Sangre de Jesucristo que obra en el santo sacramento de la Pe-

nitencia, y de allí, con aparejo bastante, en el altar recibe a Jesucristo, ¿por qué este tal se ha de dejar caer con desconfianza, pues tiene tantas causas para esperar?

¡Qué piadosamente lo hizo el Señor! ¡Cuán gran remedio puso en la sacra Comunión contra nuestras desconfianzas! Porque si nuestro temor nace de que no sabemos si el merecimiento de Jesucristo se aplica a nosotros en particular, no hay cosa tan apropiada contra esta enfermedad, como la grande benignidad que en este divino Sacramento se muestra.

Dices tú: «La vida y muerte de Cristo, sufficientísimas son para mi remedio contra el pecado y contra la muerte; y si yo supiese que era participante en Jesucristo, viviera y muriera muy consolado.»

Alabado seas, Señor, por siempre, y la hora en que ordenaste esta dulcísima medicina, manifestadora de tu dulcedumbre y causadora de nuestro consuelo; que porque Tú conoces bien cuán ponzoñosa cosa es el pecado, y cuántos desmayos causa en el corazón de quien lo comete, y cómo hace huir de Ti y *esconderse*, como nuestros padres hicieron (*Gen.*, 3, 8), y hace temblar lo principal del ánima, como tembló la cabeza a Caín (*Gen.*, 4, 5, 14), pusiste aquí tal remedio, que haga huir a nuestros desconsuelos, por ser *señal* y *causa* que el hombre goce del merecimiento de Cristo.

Palabra es del Espíritu Santo, dicha por boca del Apóstol San Pablo; palabra digna de toda acepción y de todo consuelo, que dice (1 *Cor.*, 10, 16): *El pan que repartimos, ¿por ventura no es participación del Cuerpo de Cristo? El cáliz, al cual bendecimos, ¿no es comunicación de la Sangre de Cristo? ¿Oyes, cristiano, que el recibir este pan celestial que en el altar se reparte, y el recibir su sacratísima Sangre (y quien el Cuerpo recibe, la Sangre recibe), es ser participante del Cuerpo y Sangre de Jesucristo? Si prometías de vivir y morir consolado con saber si eras participante de Jesucristo, ves aquí palabra de Dios, que te afirma que el comulgar es participar de su Cuerpo y Sangre.*

No pidas saber que *participas* de los merecimientos por certidumbre *de fe* ni claridad de *evidencia*. No te cumple eso ni Dios lo ordenó; porque certidumbre infalible no la has de tener si no es por revelación divina (2): conténtate con una confianza cristiana, que

(2) *Trid.*, sess. 6, c. 12, can. 15, 23.

aunque no llega a los grados de aquella certidumbre, es bastantísima para desechar las flaquezas del corazón, y arrimada a los merecimientos de Cristo, hace vivir consolados y morir confortados, poniendo debajo de sus pies la desesperación que causa el pecado, y el demasiado temor que causa la muerte.

3.—Recibir a Cristo peregrino, señal de salvación.

Ahora dice, hermano, la divina misericordia que te hizo merced que con razonable aparejo llegaste a la mesa de la paz, a la señal de la reconciliación a gozar de los dulces abrazos de Cristo: Júntate con el mismo que ha de ser tu Juez, y en prendas de que entonces te será piadoso Padre y dará sentencia por ti, quiso Él recibir de ti este servicio, de tomar tus entrañas por casa, para serlo Él tuya en el cielo.

¿Quién hay sabio entre vosotros, y entenderá las misericordias de Dios? (Ps., 106, 43), dice David. Y si para alguna parte es necesaria esta exclamación, para aquí mucho más. ¡Oh Misterio dulcísimo, cuán de verdad se cumple en Ti lo que antes prometiste a nuestros padres pasados, que les habías de dar una tierra que les manase leche y miel! (Deut., 26, 9.) Más dulce, más sabroso te nos has guisado, Señor, en manjar, que lo es toda la leche y miel que hay en el mundo.

Verdad tuya es, que los que aquí hicieron misericordia los pondrás en el día del juicio a tu diestra. Porque dieron de comer al hambriento y de beber al sediento, e hicieron obras semejables, les dirás, Señor (Mt., 25, 34): *Venid, benditos de mi Padre; poseed el reino que os está aparejado desde el primero día del mundo.* Aunque sea tanta tu bondad, y te hayas juntado con nos, y digas Tú con tu santísima boca que la comida, bebida y vestido y obras de misericordia que al prójimo dimos por Ti, lo dimos a Ti, no te contentaste con recibir estas obras por tercera persona, mas ordenaste Tú, piadosísimo amador, este consuelo que pudiesen los hombres hacer obras de misericordia a tu misma Persona.

Dichosa fué tu sacratísima Madre; dichoso el Santo José; dichosos todos aquellos que te dieron comida, bebida y vestido, posada y cualquier refrigerio; porque allende de ser gran bienaventuranza dar el hombre algo a quien todo se lo dió, y remediar la criatura la

necesidad de su Criador, el galardón de aquellos tales que a la Persona inmensa de Cristo hicieron buenas obras, muy más abundante e ilustre será, que el de los que hacen las tales obras a otras personas por amor de Él. Obras dignas, por cierto, [por] (3) las cuales con razón llamamos bienaventurados a quien las hizo, y que oyéndolas, suspiremos de corazón porque nosotros no fuimos dignos de alcanzar aquel tiempo y ayudar a las necesidades de nuestro Señor, aunque fuera haciendo de nuestro corazón manjar que Él comiese, ropa con que [se] vistiese, casa donde morase, sepulcro donde después de muerto fuese enterrado.

¿Quién no tornará otra vez, y muchas veces, a exclamar: *¿Quién hay sabio entre vosotros, que entienda las misericordias de Dios?* ¿Quién tendrá, Señor, ojos para mirar las riquezas de tu sabiduría, la grandeza de tu poder que ejercitas en este santo Misterio lleno de milagros, tan incomprensibles a nuestro entendimiento, que lo primero que nos ofrece y postero cuando pensamos en él es decir: *¿Qué es aquesto?* (Ex., 16, 15), quedando admirados nuestros entendimientos, vencidos de[el] gran resplandor de tu sabiduría y poder, con que este Misterio ordenaste? Mas cuando llegamos, Señor, a pensar la misericordia y *dulcedumbre* con que aquí te *aparejaste en manjar para el pobre* (Ps., 67, 11); y cómo, aunque te subiste al cielo, donde ni es ya menester que te den de comer y beber, ni recibes de nadie en Persona obras de misericordia, hallaste manera como estar entre nosotros, y en tu misma Persona recibir de nosotros obras de misericordia, para que nosotros seamos consolados en hacerte bien, y tengas Tú ocasión de, por lo poco que nosotros te damos, darnos Tú mucho en el cielo.

¿No habéis pensado, hermanos, aquesto, que el lugar propio de nuestro Señor es el cielo, pues a cuerpo ajeno de corrupción tal lugar le es debido? Y con todo eso, el amor que nos tiene le hace extranjero, por acompañar a los que somos extranjeros, y estar en aquella pequeña casa de los accidentes de pan, casa asaz desproporcionada para su Majestad, mas muy a lo propio para su amor y a la obra que viene a hacer.

No piense nadie, no, que el estar el Señor allí encerrado es el fin por que allí está; medio es para otra cosa; y si quieres saber para qué está guisado y pro-

(3) *Por*; las ediciones consultadas dicen: *con*.

porcionado, bien puesto debajo de aquella pequeñez, para desde allí dar un salto y meterse en las entrañas de nosotros pequeños, para que, recibiendo de nosotros posada, tener ocasión de ser Él la nuestra en el cielo. Rogadle, rogadole con mucha afección lo que decía David (*Ps.*, 30, 3): *Sedme, Señor Dios, defensa y casa de refugio para me salvar*; y responderos ha San Agustín en su nombre: «Si tú quieres que Dios sea tu casa en el cielo, sé tú casa suya en el suelo.»

¿Quién de las personas, hermanos, que en este mundo aposentó al Señor, quedó sin muy buena paga de la posada? (4)

Su sagrada Madre fué la primera que en sus entrañas le aposentó; y Él a Ella la tiene aposentada en el cielo sobre todas las criaturas humanas y angélicas, y muy junta consigo.

Una vez no más le dió Zaqueo posada, y dijo el Señor (*Lc.*, 19, 9): *Hoy ha sido hecha salud en aquesta casa*; y fué hecha salud hoy aquel ánima, por un rato que dió aposento al Cuerpo del Señor.

Preguntad, ¿cómo ha pagado a María y a Marta el hospedaje que le hicieron?

Mirad el sepulcro que al cuerpo muerto dió posada, cuán honrado de todos está, que lo llama Isaías (11, 10) *glorioso*.

Mas ¿qué nos maravillamos de aquesto? Si Elías resucitó el hijo muerto de la mujer que le daba posada (3 *Reg.*, 17, 20-23); si Eliseo alcanzó hijo a su huésped (5) no le teniendo, y después de muerto se lo resucitó (4 *Reg.*, 4, 12-36); y lo que más es, si por tocar los huesos de Eliseo ya muerto, recibió vida el que estaba muerto (4 *Reg.*, 13, 21), ¿con cuánta más razón el Señor, que es mayor y más dadivoso que fueron sus siervos, hará estas mercedes y otras mayores a los que le dieren posada?

¡Oh palabra dulcísima, que de la boca del Señor el día del juicio oirá el cristiano que aquí hubiere bien recibido el Cuerpo del Señor: *Huésped era, y acogisteisme; tomad el reino que os está aparejado!* ¡Oh palabra más que dulcísima! *En la cárcel estaba, y visteis a Mí; tomad el reino que os está aparejado.* ¿Entendéis esto? ¿Qué sabio hay que guarde estas co-

(4) Argumento semejante desarrolla en el Tratado 25.

(5) *Su huésped*: la dueña de la casa en que él se hospedaba.

sas, y entienda estas misericordias? (Ps., 106, 43.) Huésped era, y acogisteisme; y en la cárcel estaba, y vinisteis a Mí. ¿No lo veis extranjero, debajo de hábito más disimulado que el que llevaba cuando se juntó con los discípulos que iban a Emaús? (Lc., 24, 15.) ¿No habéis oído en vuestras entrañas sus santas palabras, que hacen arder el corazón cuando el hombre ha comulgado? ¿No entendéis que desde aquella sagrada Hostia os está diciendo lo que dijo a Zaqueo: Desciende aprisa, porque hoy me conviene posar en tu casa? (Lc., 19, 5.)

4.—No recibir a Cristo, señal de reprobación.

Mas ¡ay de mí! que Zaqueo descendió presto del árbol en que estaba, y dice el Evangelio que fué gozoso y lo recibió, y así gozó de tal Huésped y tal galardón. ¡Y hay muchos entre vosotros a quien deciros: «Recibid al Señor», os es palabra de tristeza y amargura, y así os quedáis sin gozar de tal fiesta y de tal galardón!

¿Qué haréis—dice Isaías (10, 3)—en el día de la visitación y de la desventura, que viene de lejos? ¿A quién huiréis para que os dé socorro? ¿Qué haréis, hombres, a quien Jesucristo, infinita bondad, pide que le deis casa, y que descendáis de vuestras soberbias y desobediencias, y sujetándoos a los mandamientos de Dios, y humillándoos a sus sacerdotes, limpiéis vuestras conciencias, para que en casa limpia recibáis su limpísimo Cuerpo, y os pague la posada según la grandeza de su misericordia?

¿Duéleos abajar vuestro cuello? ¿Duéleos humillar vuestro corazón a perdonar a vuestro prójimo y pedirle perdón? ¿Duéleos obedecer a la palabra de Dios, que seáis castos, para en cuerpo casto recibir al castísimo Cuerpo de Jesucristo? ¿Duéleos? ¡Oh cuánto más os dolerá cuando en aquel día terrible, en el cual a ninguno recibirá Dios en su casa sino a quien le recibió a Él en la suya, dirá con terrible voz y con más terribles ojos (Mt., 25, 41-43): *Huésped era, y no me recibisteis; en la cárcel estaba, y no vinisteis a Mí; ¡andad, malditos de mi Padre, al fuego que está preparado al demonio y a sus ángeles!*

¿Queréis ver cómo tenéis señal que habéis de ser de aquellos reprobados? Yo os diré cuál es: y es que

respondéis ahora lo que responderán aquéllos: *Señor, ¿cuando te vimos extranjero y en la cárcel, y no vimos a Ti? ¡Oh gente desconocida, que no entiende las misericordias de Dios! ¿Cuándo te vimos extranjero? Responderos han: Tantas veces cuantas le visteis en el Sacramento, allí le visteis, y allí le veis, pidiéndoos está posada, y para eso desciende del cielo, no lo habiendo Él menester, sino por hacer bien a vosotros que os hacéis sordos a su voz, teniendo en poco todo lo que os puede dar en pago del hospedaje, y teniendo en poco su divina Persona y su descendida del cielo, y no curando nada de lo que Él se desveló en guisarse por manjar para que lo comáis, y en abajarse a ser vuestro para que lo recibáis.*

5.—*Cristo preso y desterrado: ¡recíbele!*

Decidme, hombres desconocidos: ¿Qué es Dios estar encerrado en un Sagrario y en un Sacramento? ¿Qué la falta para estar preso y encarcelado? Sino que, por el grande amor que nos tiene, Él mismo se deja prender; y verdaderamente está encarcelado, aunque en cárcel de amor. Quitale el amor con que allá está, y verás que es inoportable estar donde está. ¿Cómo sufriera el Señor encerrar su cuerpo tan grande debajo de una cantidad tan pequeña, pues ninguna cárcel, por estrecha que sea, es tan pequeña como ésta en comparación de Cuerpo tan grande?

¿Y piensas, cristiano, que poco hace este santísimo y limpiísimo Señor en morar en tierra donde hay pecados, y tantos pecados, y que se cometen continuamente? Desproporcionado lugar para el Cuerpo incorruptible de Cristo es este mundo, por ser lugar donde se corrompen unas cosas para que se engendren otras: mas sin ninguna comparación es lugar más ajeno de su ánima, aborrecedora de todo pecado, estar en lugar donde tantos se cometen cada día. Si no, dime: ¿Qué sentiría un hombre muy santo y amador de sus alabanzas, si lo pusiesen en compañía de muchos hombres que con gran desacato estuviesen blasfemando contra nuestro Señor? ¿Qué sentiría una doncella honestísima, que la pusiesen entre muchas malas mujeres, que hablasen y trataran cosas conformes a su deshonestidad? Pues tanto excede el aborrecimiento que la sacratísima ánima de nuestro Señor Jesucristo tiene

a toda ofensa de Dios, a la que estas tales personas podían tener, cuanto excede el amor que él tiene a su Padre, al amor que estas personas le podían tener.

Recísimo tormento es para un hijo que mucho ama a su padre, o para un mujer que mucho ama al marido, estar oyendo blasfemias de él, y viendo que le hacen muy grandes enojos. ¡Obedientísimo Corazón que cuando en el mundo vivías vida mortal fué mayor la pena que te dieron las ofensas cometidas contra tu Padre, y más atormentada fué tú ánima con el dolor de ellas, que tu sacratísimo y delicadísimo Cuerpo con azotes, espinas, clavos y muerte de cruz! Y con mucha justicia se debía a tu ánima morar en una tierra que es el cielo, más lejos de haber en ella pecado, que según el sitio corporal está lejos de la partecica más baja de toda la tierra. Mas Tú, Señor, que renuncias tus derechos por condescender con nuestras necesidades, quisiste morar acá entre los pecadores, en la tierra de los pecados; que aunque no puedes padecer ahora dolor ni pena, mas a lo menos ves cosas que sobre toda manera aborreces tanto como aborrecías entonces, y bastante más, cuanto es de parte de ellas, para atormentarte.

No hay hedor, hermanos, que tan mal huela a las narices de uno que tuviese muy delicado el olfato, cuanto los pecados hieden al sentido de Dios. Y si este mal olor no siente vuestra ánima, si no os da pena vivir en tierra donde es Dios ofendido, miedo he, o que está muerta vuestra ánima, y que no tenéis amor al Señor; o si alguna vida de su amor tenéis, es vida poca, vida de principiantes, vida imperfecta; que a los que tienen muy vivos los sentidos del ánima, grave tormento les da el hedor de los pecados del mundo, y con entrañable suspiro suplican a Dios que los saque de la cárcel tan hedionda y los lleve a los *cielos nuevos y tierra nueva* (Is., 65. 17). donde mora la santidad y justicia. Y el consuelo con que estos tales pueden pasar su destierro y penosa carcelería, es ver que nuestro Señor esté acá encarcelado, viendo cosas que tanto aborrece su ánima: como acaeció a uno que, quejándose mucho al Señor que por qué le mandaba estar en vida tan llena de muertes y donde tantas ofensas hay de su Majestad, le fué respondido: «Pues que yo sufro estar acá, súfrelo tú.» Mas como no experimentamos la pena que es estar en este mundo miserable, extranjeros en él, ni ver ofendido a nues-

tro amantísimo Padre, no sabemos agradecer a nuestro Señor el vivir acá con nosotros, y estar encerrado en lugar tan desproporcionado a Él, que sola la fuerza de su grande amor, y otra cosa no, es bastante para lo tener.

Cristiano, pues el Señor es extranjero todavía y caminante, ¿no mirarás en ello? ¿No se te moverá el corazón, y con profunda consideración dirás a tu ánima lo que la mujer de Sunán dijo a su marido, viendo pasar por allí al Profeta Eliseo? *Marido*—dijo aquella buena mujer— *pareceme que este varón que por nuestra casa pasa muchas veces, es varón santo; hagámosle una celda, y pongámosle una mesa, una cama y un candelero, donde repose cuando por aquí pasare* (4 Reg., 4, 9-10). Parecióle bien al marido, e hizoze así, y dieron agradable posada al grande Eliseo, y por ello la mujer estéril fué hecha fecunda, y recibieron entrambos un hijo de la mano de Dios. Hermano, ¿no ves, no a Eliseo, sino al Señor de él y de todos los Profetas, al Señor de hombres y ángeles, pasar muchas veces delante de ti? ¿No lo ves que lo traen en procesión? ¿que lo llevan a visitar los enfermos? ¿que lo consagran y alzan en la Misa? ¿que lo ponen y lo sacan del Sagrario? ¿que lo traen por la iglesia a vistas, para que se mueva tu corazón y digas a ti mismo: «Este Señor, gran Señor es; muchas veces pasa por delante de mí; su tierra es el cielo, y extranjero es acá; quiérole aparejar posada en tierra entrañable, donde Él descanse; lumbre de fe. porque no estemos a obscuras; porque para esto anda por aquí llamando a la puerta de los corazones, para que, si hay quien le quiera dar posada, pagarla muy bien»?

Si esto, hermano, considerases y pusieses en obra, por ventura no estaría tu ánima tan *estéril* y sin fruto de buenas obras; porque recibiendo a este Señor, daríate parte de su santo Espíritu, cuyos frutos son, como dice San Pablo (*Gal.*, 5, 22), *caridad, paz, gozo*, con otros semejables. Mueres de hambre, atormentate la pobreza, está el campo de tu ánima seco con esterilidad, por no querer recibir en tus entrañas al que *saca agua de la piedra* (*Ps.*, 77, 16), al que hace reverdecer lo seco, y al ánima *estéril hace madre de hijos, y que more en su casa con alegría* (*Ps.*, 112, 9). Y si entendieses lo que el Señor hace por tí en estar allí encarcelado por tu amor, no vivirías tú con tan mala libertad y soltura, mas atarías tus pies y tus manos.

tu cuerpo y tu ánima con las prisiones de su santa Ley y de su santo amor, y tendrías tu corazón puesto en aquel divinísimo Sacramento, acompañando con amor al que allí está encarcelado por ti.

6.—*Tiene hambre y sed: ¡aliméntale!*

Y si quieres cumplir con Él esotras obras de misericordia, aparejo tienes; Él te las recibirá de buena gana, y te las pagará con grande ventaja.

Hambriento y sediento está, no de manjar corporal, mas de otra hambre y sed muy mayor. Y si la del cuerpo le hizo decir a la Samaritana: *Dame a beber* (Jn., 4, 7), y decir en la cruz: *Sed tengo* (6) (Jn., 19, 28), te averiguado que con mayor instancia te pide a ti que le quites aqueste hambre y aquesta sed, que entonces lo pedía para su cuerpo. No pienses que por otra cosa está aquí encerrado, sino para que te dé a ti de comer; y tú a Él. Muchos años ha que lo mandó decir a su Apóstol San Juan: *Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno quisiere abrir, entraré a él, y yo cenaré con él, y él conmigo* (Apoc., 3, 20).

¡Oh hartura de los ángeles! Tú, mucho tienes para que yo cene contigo, pues Tú eres inmenso bien, que bastas [a] henchir de bienaventuranza y entrañable alegría a todo lo que es criado, y a mil cuentos (7) de mundos que criases de nuevo; y cuando hubieses hartado a todos éstos, se quedaría tu plato tan abastado como si ninguna persona hubiera comido de él; porque en tu Persona se dice: *El cáliz mío que embriaga* —o, como dice el original hebreo: *que siempre está lleno*—, ¡cuán excelente es! (Ps., 22, 5.) No hay, Señor, comida igual a la tuya, no convidados tan dichosos como los tuyos. Mas, Señor, ¿qué hallaste Tú en mi casa? ¿qué viste por mis rincones? ¿qué ganados, qué aves, que quieres Tú, Señor, ser mi convidado y cenar conmigo? ¿Qué te dará, Señor, mi pobreza, que sea digno de poner a tu mesa y que comas tú de ello?

«No, dice el Señor, no os excuséis por ahí: *Yo no comeré carne de toros, ni beberé sangre de cabrones* (Ps., 49, 13). Ni estéis congojados porque no podéis

(6) *Tengo*; el Maestro dijo: *he*,

(7) *Cuentos*: millones.

traer a mi mesa las flores del campo para me recrear *Todas las aves y animales, míos son; la hermosura que el campo tiene, yo se la di, mía es*: lo que es vuestro, eso os pido; dádmelo bien guisado; que por poco que sea, el amor que os tengo es buena salsa para que me sepa bien y me haga contentar de ello, y pagároslo bien.

¡Oh dichoso hombre que tiene cosa propia que dar al Señor, y con que le convidar, y manjar que le sepa bien! ¿Qué cosa tan preciosa será ésta? Cierto, no la supiéramos, si el Señor no nos avisara de ella, diciendo: *Sacrifica al Señor, sacrificio de alabanza, y al Altísimo dale tus deseos; y llámale en el día de la tribulación, y librate he, y honrarme has*. Alaba, cristiano, y da gracias al Señor por las mercedes que te ha hecho, y especialmente por el bien que te hace con este divinísimo Sacramento, el cual, según adelante diremos, tiene por nombre *Eucaristía*, que quiere decir *Hacimiento de gracias*, y tiene por nombre *Bendición*, que quiere decir *Alabanza de Dios*. Y con esto, *dale al Señor tus deseos*, dale tu amor libre, que es cosa tan tuya, que lo puedes dar a quien tú quisieres. Y si te vieres en necesidad, piensa que tienes quien bien te quiera y quien te pueda de ella sacar, y *llámale con buen corazón, y librate ha y honrarlo has*.

Si al Señor, pues, alabares, y fueres agradecido según te enseña la fe, y si tras esto le dieres tu amor, y si en el tiempo de la tribulación confíares en Él, toma esta fe y esperanza y caridad, y apareja tu corazón bien con ellas, y escucha bien los golpes que el Señor está dando a tu puerta y rogándote desde allí que le abras tu boca y tus entrañas, porque quiere venir a *cenar contigo*; y dale tu *corazón contrito y humillado* (*Ps.*, 50, 19), dáselo amoroso y agradecido; ponle en sus manos a ti y a todas tus cosas; y habrásle dado un manjar mucho más sabroso que *el pan y becerro* con que Abraham convidó a los tres ángeles (*Gen.*, 18, 6-8). Y en pago de eso poco que tú le das, te dará Él a sí mismo, manjar de vida eterna, cuyo gusto te haga parecer desabrido todo lo que Él no es, y halles en Él deleites, el menor de los cuales es mayor que todos los deleites del mundo.

7.—*Cristo desnudo: ¡vistele!*

Si quieres cumplir con el mismo Señor la obra de misericordia de *vestir al desnudo*, entiende lo que se canta en el Oficio de esta santísima fiesta: que *los hijos de la Iglesia*, cuando están comulgando, *son como pimpollos de oliva alrededor de la mesa del Señor* (8), y cumplen lo que está escrito (Is., 49, 18): *Yo te vestiré con todos aquestos, como con atavío*. Y así se goza el Señor de verse de ellos cercado en el altar, como un padre muy rico y muy amoroso de ver su mesa llena de hijos. *Gozando me gozaré en el Señor*—en cuanto hombre—, *y mi ánima se regocijará en Dios; porque me vistió con vestidura de salud y me rodeó con vestidura de justicia, como un esposo hermoseado con corona, y como esposa ataviada con las manillas* (Is., 61, 10).

¡Amorosísimo Señor! pues que tanto te gozas con ver a tus hijuelos alrededor de tu altar, pues que los tienes por vestidura tuya y corona, que dan testimonio de que tus trabajos y Sangre fueron de tanto precio, que a los perdidos dieron salud y a los injustos justicia, ¿por qué huímos de tu mesa, pues que el comer nosotros es comer Tú, y según está escrito (Jer., 16, 19), *nuestra fortaleza y fuerza eres Tú?* Ya ha muchos años que has prometido (Ez., 34, 26) que habías de poner a tus hijos *como una bendición alrededor de tu collado*. Aquel collado era el monte de Sión, donde el templo estaba, y donde Tú instituíste este divino Misterio, dándote en manjar a tus hijos, que eran los discípulos que estaban alrededor de tu mesa. Gran fiesta, Señor, te hace, muy buena comida te da quien aparejándose según hemos dicho, se llega a tu mesa a que cenés con él, y él contigo, y te vista y te honre, y dé testimonio del valor de tu Pasión, que fué bastante para le resucitar, y como hombre vivo, va a comer el manjar de la vida.

8.—*Sea tu pecho sepulcro de Cristo vivo.*

Y porque ninguna obra de misericordia quede que el Señor reciba de ti sin pagarte Él con muy más co-

(8) Antífona 4.^a de las vísperas del *Corpus*.

piosa misericordia, quiere que así como el santo sepulcro le recibió muerto, así tú seas sepulcro suyo que le recibas vivo. Sábelo bien guardar; conoce la honra que te es hecha; que no menos te compete a ti, antes mucho más, el nombre que dijo Isaías (11, 10), que *el sepulcro de este Señor sería glorioso*, que le compete al otro de piedra. Mejor eres tú, por ser criatura racional, que el sepulcro de piedra insensible; más excelente está el cuerpo del Señor vivo, que muerto; y es tanta tu gloria por lo recibir, que quedas más honrado con ello, que con toda la honra del mundo que se te pudiera dar. Lecho y relicario de Dios eres, y por la misma causa, aun los mismos ángeles te estiman en mucho.

9.—*Recompensa eterna.*

Y si el mismo hacer misericordia a Cristo es aquí honra, provecho, deleite, ¿qué será en aquel día cuando Él, como otro Josué, Capitán del ejército de Dios, venga a destruir a Jericó, que son los malos, y meter a los buenos en la tierra prometida del cielo, cuando estaremos unos y otros atentísimos a oír la sentencia que dará este soberano Juez? Si entonces está viva Raab porque dió posada a los mensajeros de Josué (Jos., 6, 23), que por otro nombre se llama Jesús, ¿qué buena suerte será la de aquel que en aquel día terrible, delante de los cielos y tierra, oiga esta voz: «Sea salvo Fulano; viva para siempre Fulano, porque dió posada en su pecho al Hijo de Dios? Tal día comulgó la Cuaresma, y tal día de Pascua; comulgó en tal y tal fiesta.» Y de otros dirán: «Comulgó cada semana»; y de otros más veces; y de otros, «Cada día»; y págales ahora el Señor en la misma moneda: que siendo extranjeros del cielo, los mete en Él, pues cuando Él lo era en la tierra le dieron posada.

No es pequeño el vínculo del amor, ni la obligación que resulta entre el que recibe posada y es convidado, y [el] que estos beneficios le hizo. Y como el Señor es tan leal, y fuente de donde toda la lealtad nace, guarda muy bien estas leyes del hospedaje y del comer a una mesa; y por el mismo caso que hace merced a uno de tan estrecha conversación de querer entrar en su pecho, y ser su manjar, y que el hombre lo sea de Él, queda según su bondad obligado a no desamparar al

tiempo de la necesidad a la casa donde moró y al compañero que tuvo a su mesa. Y porque hay pocos que saben guardar lealtad, de éstos tales hay pocos que sientan la grandísima riqueza que es comulgar, y la fuerte esperanza que podemos tener de que, teniendo con el Señor tan estrecha y tan continua conversación en la tierra, no huirá de nosotros ni nos negará la suya en el cielo.

Y con este espíritu y sentimiento y confianza ruega la Iglesia al mismo Señor en una oración *Post communicandam*: «No permitas, Señor, caer en los humanos peligros a los que haces merced que, recibiendo a Ti, gozan de tu divina conversación» (9).

10.—*Cristo se entrega a ti: no te negará el cielo.*

De manera que no hay cosa que así conforte nuestra esperanza de estar para siempre con Cristo en el cielo, como recibirlo en la tierra, según su palabra que dice: *El que come de este pan vivirá para siempre* (Jn., 6, 59). Porque para entrar en el cielo requiérese que se apliquen al hombre los merecimientos de Cristo; y también se requiere que el hombre no vaya estéril, sino que tenga buenas obras que se junten con las del Señor. ¿Pues qué prenda se puede dar de mayor certidumbre, para que la humana flaqueza confíe que participa en los méritos de Jesucristo, que es recibir en sus entrañas a la misma Persona de Cristo? Y no sin acuerdo grande de la divina Sabiduría, que procura siempre nuestro remedio y nuestro consuelo, fué así considerado: ¡y bendita la hora en que fué ordenado! Así, que la misma persona de Jesucristo realmente recibimos los cristianos cuando comulgamos, para que entendiésemos que, así como cuando la mujer entrega por casamiento su cuerpo al marido, tras la persona va la hacienda, como cosa menor tras mayor; así el camino más cierto y más llano para participar de los méritos de Cristo es la sagrada Comunión, que, como dijo San Pablo (1 Cor., 10, 16), es *participación del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo*.

¿Qué desconfías, cristiano, qué desconfías del perdón de tus pecados, pues recibes en ti al verdadero sacrificio y amansamiento de Dios, paga bastante y

(9) Contra persecutores Ecclesiae.

sobrada para ellos? ¿Qué desconfías de que no se te dará fuerza para vivir sin morir por pecado mortal pues recibes el pan de la vida, más fuerte para te guardar, que todos los contrarios para te matar? Ten confianza que el reino del cielo te será concedido, pues que no te es negado recibir al Hijo de Dios, que es el Señor y el Rey de aquel reino. Gran verdad dijo San Pablo (*Rom.*, 8. 32), que *dándonos a su Hijo, nos dió todas las cosas con Él*, como menores y accesorias a Él y a las obras buenas que se requieren de nuestra parte. Porque así como el manjar que recibes es el mismo Cristo, así el aparejo que tú has de llevar, no tanto consiste en las cosas fuera de ti, como en ti mismo; conviene a saber, que lleves tu cuerpo ejercitado con alguna pena; tu entendimiento alumbrado con fe, y especialmente de aqueste divino Misterio; y tu voluntad dada al Señor por amorosas obras de sus santos mandamientos y de su Iglesia; y la memoria saludable de la muerte que el Señor padeció por tu amor (10). Y ofreciéndote a ti de esta manera, haces al Señor más señalados servicios en esto, que si mil mundos le dieses. Él hace a ti plato de su misma Persona; tú a Él de tus mismas entrañas. La merced que te hace y dádiva que te da, la mayor de todas es; y el servicio que tú le haces también es mayor que todo lo que puedes hacer.

De lo dicho se ve cuán provechosísima cosa es ejercitarse el hombre a menudo en recibir este divino Sacramento. Porque en otras buenas obras puede el hombre dar limosna y quedarse con una mala querencia en el corazón; puede dar la lengua a Dios y el corazón al demonio. Mas si se determina de recibir este Señor, el aparejo y servicio que ha de llevar para se confesar y comulgar bien, son cosas que le salen de las mismas entrañas, por las cuales él mismo se ofrece a Dios en recompensa de que el mismo Dios se da a él; y por esto las obras buenas que aquí se hacen dan mayor consuelo y mayor esperanza que las que fuera de aquí. Con condición que el hombre ponga en su lugar cada cosa, y entienda que aunque la gloria del cielo se llama *jornal* (no porque se haya de ganar con obras hechas con ánimo de jornalero, como por principal intento, porque [así]

(10) *S. Thom.*, 3 p. q. 79. a. 8; in 4 d. 12, q. 3, a. 1 q. 3.

hace las obras, que faltando el jornal deja de obrar; mas como el Tridentino dice (11), pueden los justos mirar al premio), mas, porque es menester que se haga con ánimo y obra de hijo, con todo eso la misma gloria se llama herencia, y San Pablo la llama [galardón], que es don dado por la gracia de Dios; y en otra parte el mismo San Pablo junta estos dos nombres diciendo (Colos., 3): *El galardón de herencia.*

Si preguntáredes: «Si es galardón de trabajos, ¿cómo herencia que se da por ser hijos?», habéis de saber, y conviéneos mucho saberlo, para que deis a Dios la gloria debida, y se amolde vuestro corazón con la verdad que sea guía de vuestro vivir. Esto, hermano, os sea notorio; que es tanta la bondad divina, y tan grande su magnificencia, que llega hasta hacer a un hombre merced de cosa tan grande como es gozar del mismo Dios en el cielo para siempre jamás. Y en testimonio de aquesta comunicación tan valerosa y tan de balde, os doy otra mayor, la cual hay entre las Personas divinas, dando el Padre al Hijo toda su divina esencia, y Padre e Hijo dándola al Espíritu Santo. ¡Oh piélagos de bondad infinita, qué bien no esperan los hombres de Ti! pues aunque sea poseerte a Ti por gracia y por gloria, es sin ninguna comparación menor este modo de participarte que el que es por naturaleza entre las Personas divinas. Y la primera ánima a quien fué hecha esta merced, y del todo de balde, de que fuese bienaventurada viendo a Dios claramente, fué la benditísima Anima de Jesucristo nuestro Señor, que en el mismo instante que fué criada fué tomada del Verbo de Dios en unidad de Persona, y vió la divina esencia tan claramente como ahora la ve. Gracia inefable fué, y pura gracia, serle dada aquella vista que hace bienaventurados. Y porque no comiese tan buen bocado a solas, fuéle también prometida la gloria del cielo para todos aquellos que fuesen suyos y se juntasen con Él. Mas esto que a otros tocaba no le fué dado de balde, como lo que tocaba a Él; mas la gloria que habían de gozar los suyos fué a costa de sus trabajos, y de su propia vida, que puso en la cruz.

De manera que no debe pensar el cristiano que si va al cielo, va allá porque sus obras solas lo ganen;

(11) Sess. 6, c. 2.

a cosa ganada va, y por trabajos justísimos. Porque si le dan compañía de ángeles, mayor cosa fué estar Cristo humillado y deshonorado entre dos ladrones. Si le dan a Dios gozoso, que lo hincha de gozo, bien lo mereció el Señor, que dijo (*Mt.*, 26): *Triste es mi ánima hasta la muerte*, humillado y sudando gotas de sangre. Parécele al humano corazón cosa desproporcionada que un hombrecillo concebido en pecado, lleno de muchas miserias, suba a las alturas del cielo con nombre de hijo de Dios a gozar de Dios como de propia herencia, limpia, incorruptible, que nunca se narchita, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 1). Mas si consideramos que para que el hombre tan bajo subiese a Dios, descendió Dios de los cielos haciéndose hijo de una mujer, viviendo vida humilde, y muriendo en cruz, lugar más bajo que todos los hombres, esforzarése nuestro corazón con toda confianza.

Y en esto estriba nuestra esperanza de que hemos de vivir para siempre con Dios en el cielo, en que la divina largueza, por los merecimientos y muerte de Jesucristo, hace esta merced a los hombres, de darles la gloria del cielo. Porque aunque se requiere que los hombres reciban los santos Sacramentos que hay en la Iglesia, y que vivan en obras buenas en ella (12); mas si se miran las obras del hombre en sí mismas, y a solas, todas ellas sin gracia, por grandes, por muchas que sean, aunque duren desde el principio del mundo hasta el fin de él, no son bastantes a merecer que el hombre vea a Dios una sola hora en el cielo; y por eso aunque se requieran, no estorban que al dar Dios la gloria se llame gracia y merced; pues lo que el hombre hace de su parte es tan poco para igualar con aquella grandeza de gloria, que le conviene lo que el Profeta dice al Señor (*Ps.*, 55): *Hacerlos has salvos por nada*, y esto por el valor que reciben por los méritos de Jesucristo.

Aunque la divina Bondad no se contenta con nuestro provecho, mas también procura nuestra honra y valor, y toma en sus manos aqueste cobre de nuestras obras, y atavíalo con riquísimas piedras preciosas (que son su gracia y la participación de los méritos de Jesucristo), y con este valor dado de gracia,

(12) La edición de 1596: *en obra de él y de ella*. Párese errata.

valen nuestras obras y merecen el cielo; de lo cual la gloria es de Dios y no nuestra; Él nos la dió, y en Él la tenemos. Y por eso no debemos andar hinchados con los buenos servicios, mas hacerlos, y confesar que de gracia se nos dió el valor, y de gracia se nos da la gloria; porque el precio que pagamos por ella al Señor, Él mismo nos lo dió para que se lo pagásemos.

12.—*Confianza en la divina Bondad.*

Y por no tener muchos hombres asentada en su corazón esta verdad, de que llega la magnificencia de Dios a hacer *merced* de la gloria, tienen el corazón tan pequeño y tan lleno de desconfianzas, como gente que mira a su propia pequeñez, y no tiene lumbre del cielo con que confortar su corazón y dar gloria a Dios, de que es poderoso, sabio y bueno para dar a los hombres el cielo; que aunque tenga[n] vida con razonable obra de Dios, como no estriban sino en ella, viven sus corazones vacíos de alegría que da la esperanza, y llenos de tristeza desconfiada, causadora de muchos pecados. Por ventura no podréis pensar cuán importante cosa es al cristiano traer el corazón alegre, contento y confortado con la cristiana esperanza de que ha de ir al cielo, y cuántos trabajos puede sufrir, y cuántas buenas obras acomete y sale con ellas, y cuántas veces vence al demonio; todo lo cual le falta al estrecho y desconfiado corazón.

«El perfecto amor—dice San Bernardo—ni siente los daños de la desconfianza, ni cobra fuerzas de la confianza.» Porque este tal amor destierra de sí, y muy lejos, todo temor y desconfianza, y por eso no siente los daños que le pueden hacer. Y como es «perfecto», que sólo el contentamiento de Dios es su espuela que lo aguija y el norte por donde navega, no ha menester el socorro de la esperanza que mira al propio bien, aunque es buena. Mas así como hay pocos que tengan este «perfecto amor», así son muchos los que han menester ayudarse de la esperanza, que en grandísima manera hace obrar con esfuerzo, sufrir trabajos con paciencia y *pelear las peleas* del Señor, como otro Judas Macabeo, *con alegría* (1 Mac., 3, 2). Y cuando esto falta, sin que nin-

guna carga echen al hombre, se cae, y antes que entre en la guerra ya está vencido; porque el medroso, aun del solo resplandor de las armas y estruendo de la guerra echa a huir.

Visto hemos muchos que cuando vivían en ofensas de Dios, y tenían razón para temblar, pues tenían por enemigo al Omnipotente, andaban tan asegurados como si tuvieran muy buena vida (13). Y si Dios les hería los corazones con saludable herida, sacando de ellos agua de amargo arrepentimiento, y enmendaban su vida viviendo en temor del Señor, eran tantas y tan grandes sus desconfianzas y tristezas desaprovechadas, que corrían por allí no pequeño peligro. Estaban primero mal asegurados en el tiempo que habían de temblar de la Justicia divina; y después que, por la misericordia de Dios recibieron señales y conjeturas de que estaban perdonados y en gracia de Dios nuestro Redentor, todo su negocio es temblar y desconfiar, errando en esto como en lo otro.

Alcen estos tales sus ojos a la Bondad divina, alcen los ojos a los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, y entiendan que aquella enmienda de vida que les ha venido, de estas fuentes les ha venido. Y aunque mirándose en sí mismo sea muy poco, arriándose a Jesucristo es muy mucho. Ofrézcanse de corazón en la Bondad divinal, y oigan que dice por el Profeta Isaias (46,4): *Yo os hice, yo os sufrí[ré]; yo os llevaré, yo os salvaré*. Y han probado que Dios *los sufrió* cuando estaban apartados de Él; ya pueden confiar, pues se han confesado y comulgado con razonable aparejo, que Jesucristo nuestro Señor los ha incorporado en Sí mismo y hecho participantes de sus merecimientos; y desterrando toda pequeñez de corazón, tengan en mucho aquesta merced, y tengan en mucho a Jesucristo, por el cual y en el cual osen esperar el reino del cielo, como miembros vivos que tienen Cabeza tan valerosa.

Y consideradas estas cosas, recibiendo el hombre al Señor, cobre corazón de león, no en sí mismo, sino en el mismo Señor, y sepa estimar el beneficio recibido, de que Dios se ha querido juntar con él para ampararlo debajo de sus alas, *como [la] gallina am-*

(13) Véase el AUDI, FILIA, c. 23.

para a sus hijos (Mt., 23, 37). Arrímese a Él; ásgase (14) a Él, pues en Él está toda la seguridad.

Y después que hubiere sido harto recibiendo este manjar divinal, sea muy agradecido, y cante al Señor aquel divino cantar, propísimo para esta sazón (Ps., 102. 1): *Anima mia, bendice al Señor, y todas las cosas que están dentro de mí bendigan su santo nombre*, etc. Mira con atención todas estas mercedes que canta David, y hallarás que todas son concedidas en este divino Sacramento a quien bien lo recibe. Aquí el Señor se amansa con *nuestros pecados*; aquí da fuerza a nuestra ánima, para que de aquí adelante no caiga en ellos; aquí sana *nuestras enfermedades* e imperfecciones. Aquí nos junta consigo; aquí se nos da Él mismo en prendas de que viviremos para siempre con él; porque es la levadura que se echó *en las tres medidas de harina* (Mt., 13, 33) para que el pan fuese sazonado y fuese gustoso al Señor; y fuera de este sacratísimo Cuerpo no hay vida, ni salud, ni [sazón] (15) en las buenas obras; no hay gracia, ni gloria, ni bien alguno. Porque así como la fuente de la lumbre es el sol, y en la mar se juntan las aguas, así en este poderosísimo Señor están juntos todos los bienes, y quien lo recibe puede decir: *Todos los bienes me vinieron con Él* (Sap., 7, 11).

Y esté sin miedo de la muerte, pues ha recibido la Vida, y espere de gozar de la dulce y verdadera promesa de Jesucristo que dicen las palabras del tema: *El que come de este pan vivirá para siempre*.

(14) *Asgase*: de *asir*.

(15) Los impresos consultados traen *razón*.